

volas, se hizo tan general, que fué causa de los mayores abusos. Se abandonaron las materias mas interesantes á la fe, y las pruebas mas sólidas de la verdad para entregarse á una multitud de investigaciones tan ajenas del dogma como de instruccion. Se proponian quæstiones de poca entidad ó ridículas, que se exâminaban con toda gravedad, y en las cuales se empleaba todo el aparato de las sutilezas y razonamientos sofisticos que todo se hacia para dar un aire de importancia á estas puerilidades, que se las trataba con un language extraordinario de abstracciones, de distinciones, y en una palabra de aquella xerga ridícula y bárbara que en nuestras escuelas han renovado por muchos siglos, y que ha dado el título de sábios á infinitos ignorantes. Finalmente, como el entendimiento humano no conoce límites quando se ha abandonado á sí mismo, los nuevos teólogos llegaron á poner en problema los dogmas mas incontestables de la fe; lo que se dirigia á someter todas las verdades al temerario exâmen de la razon, á multiplicar las disputas sobre todos los puntos de la revelacion, y á dividir los ingenios sobre lo mas esencial de la doctrina evangélica. En efecto, esto fué lo que se vió en breve; y los errores de Abelardo y Gilberto, Porretano, y los demas que hicieron tanto ruido en el curso de este siglo, no tuvieron otro principio que aquella funesta manía de sujetarlo todo á las ideas de la razon y á la forma dialéctica. San Bernardo y los otros doctores católicos, que combatieron con el mayor zelo estas peligrosas novedades, hicieron ver el estrecho enlace que tenian en sus principios y procedimientos con el abusivo método de las escuelas; y Abelardo desengañado de sus errores lo confiesa ingenuamente.

Se refiere á este siglo los principios de un nuevo ramo de teología que se ha señalado con el nombre de teología mística. Se le llamó así, porque ocupándose toda en cosas espirituales, no tiene otro objeto que conducir las almas á la perfeccion, y unirlas con Dios por la contemplacion de sus atributos y el fuego de su amor. En todos tiempos habia habido piadosos y sublimes contemplativos que, tomando á Dios por único maestro, como por único objeto de su pensamiento y de su estudio, se habian elevado al mas alto grado de la virtud. Pero se entregaban al atractivo cuyo imperio experimentaban, y á la direccion del espíritu divino que purificaba é inflamaba su corazon. No ha-

bian aun intentado reducir á método los secretos de la vida interior, y no poner á las almas reglas y medios para dirigir sus pasos en esta misteriosa carrera, en que parece deberian mas bien entrar por impulso que por eleccion. Los antiguos maestros de la vida espiritual habian propuesto máximas y prácticas para el adelantamiento de las almas; pero toda su doctrina se ceñia á combatir las pasiones, á suscitar las potencias interiores, y á arreglar tanto las acciones y palabras, como los deseos y pensamientos, segun la ley divina de que prescribian á sus discípulos, no el estudio, sino solo la meditacion. San Basilio, san Pacomio, san Antonio, y en una época posterior san Benito y san Bruno, no tenian otras ideas sobre la espiritualidad que los demas legisladores de la vida monástica. Pero en este siglo parecieron contemplativos, que para formar discípulos, y transmitirles las prácticas de que se habian servido con buen suceso, abrieron un nuevo camino, haciendo de la teología mística una ciencia distinta de la moral comun para el uso de aquellos que aspiraban al estado mas sublime de la vida unitiva. Escribieron, pues, sobre estas materias abstractas y misteriosas, publicaron tratados sobre la contemplacion, enriquecidos y explicados en lo sucesivo. Pero como el error y el exceso tocan de cerca á la verdad en materias tan delicadas, los falsos ascéticos no tardaron en deshonorar la religion por el abuso de los principios y máximas, que en el origen solo se habian establecido para facilitar los progresos de la piedad, alejándola de las ilusiones y escollos que la flaqueza humana encuentra en el camino de la virtud. Este abuso se aumentó con el tiempo, y ya veremos los desvarios monstruosos de que fué ocasion.

## ARTICULO V.

*Estado del christianismo en todas las regiones del mundo.*

Si el cisma renovado, ó por mejor decir, consumado en el siglo precedente por Miguel Cerulario, no hubiera continuado en tener la iglesia griega separada de la latina, se pudiera decir que el christianismo estaba mas floreciente en Constantinopla y en todo el imperio de Oriente, que se habia visto desde largo tiempo. La paz interior reynaba, y ningun nuevo disturbio agitaba la sociedad christiana;

la mayor parte de los emperadores protegieron á la Iglesia, y procuraron se executasen sus leyes; muchos la enriquecieron con sus dones, y señalaron su piedad fundando nuevos monasterios; algunos formaron leyes en su favor, emplearon su autoridad en extirpar las heregias, principalmente el maniqueismo, que hacia esfuerzos para reproducirse baxo una nueva forma en algunas provincias; en fin, que casi todos estos príncipes dieron testimonios de disposiciones pacíficas que hicieron esperar la reunion de las dos iglesias, y monumentos auténticos nos aseguran de que vivian en comunión con la santa sede, que se correspondían por escrito con los papas, y que enviaban magníficos presentes á las basílicas de Roma y demas célebres templos del Occidente.

Los ánimos se mostraban ménos acalorados y ménos irritados; parecia que se miraban con ménos aversion; se hallaban juntos en la corte de los emperadores y en las ceremonias públicas con mas recíproca confianza; se trataban con mas miramiento indicando por este proceder algun deseo de unirse; el qual siendo sincero en los corazones rectos, hizo creer que la reunion no era tan difícil como se imaginaba; y para buscar los medios se convino en juntarse para conferenciar tranquilamente, y exponer los que estuviesen encargados de los intereses de cada Iglesia sus dificultades, y proponer arbitrios. La proposicion se apoyó por unos y otros con una celeridad y un zelo por la paz, que hicieron esperar las mas felices consecuencias. Se tuvieron, pues, con el beneplácito de los emperadores y en presencia de los magistrados públicos varias conferencias en Constantinopla. Todo se hizo con el mejor orden; y los que hablaban por los griegos ó los latinos se comunicaban sin acrimonia las razones en que se fundaban las objeciones que se hacian mutuamente. Convinieron los griegos en que el pan acino, el ayuno del sábado, y las otras prácticas de que los autores del cisma y sus mas ardientes sectarios hacian un crimen á los latinos, eran indiferentes en sí, y que cada Iglesia tenia por esta parte la libertad de seguir lo que hallaba establecido por una antigua tradicion y largo uso. Pero el dogma de la procesion del Espíritu Santo, ó mas bien la adición hecha en el símbolo de la palabra *Filioque* en que se expresa esta doctrina, y el celibato de los clérigos, eran dos puntos en los

quales parecian mas distantes de conciliarse que nunca. Las cosas quedaron casi en el mismo estado que tenian ántes de las conferencias; y aquellas felices disposiciones para la paz de que se lisonjeaban sacar algun fruto, solo sirvieron para inclinar á la celebracion de un concilio general, en donde los prelados de ambas iglesias trabajasen en una reconciliacion que se habia juzgado mas próxima.

Pero á pesar de estas bellas apariencias, el odio y la rivalidad, que habia sido el origen de la division entre los orientales y occidentales, fermentaban sin cesar. No faltaba mas que una ocasion para manifestarse y para mostrar en los mas tristes efectos quán enemigos eran en el fondo los griegos de los latinos. Se presentó, pues, al principio del Reynado del usurpador Andrónico. El emperador Manuel Commeno habia atraído á Constantinopla un gran número de latinos; se habia confiado de ellos en los mas importantes negocios, y recompensado sus servicios con gran liberalidad. Se habian conservado en el mismo favor durante la menor edad del jóven Alexo, hijo y sucesor de Manuel. Pero quando Andrónico por su disimulacion y sus crímenes se apoderó del imperio, creyeron los griegos que habia llegado el tiempo de exterminar una nacion odiosa, cuya prosperidad les inspiraba zelos. Andrónico por agradar al pueblo auxilió su intento. Sus tropas atacaron á los latinos en sus cuarteles, pasando sin piedad á cuchillo á los que por la fuga no se habian escapado de la carnicería. Incendiaron sus casas, y todo el barrio que habitaban fué reducido á ceniza. No era solamente el baxo pueblo y los soldados quien se entregaban á estas horribles violencias; los sacerdotes y los monges eran los mas encarnizados; ellos excitaban á la tropa y populacho á no perdonar aquellas infelices víctimas; y temiendo que alguna se escapase, entraban en los lugares mas ocultos, sacándoles de allí para entregarlos á los homicidas; un cardenal que el emperador Manuel habia pedido al papa para trabajar en la reunion de las dos iglesias, fué comprehendido en la mortandad con circunstancias tan atroces, que hicieron ver quán arraigado estaba el odio de los griegos. Los mas humanos de ellos vendieron á los turcos é infieles los latinos que se habian fiado en las promesas que les habian hecho de salvarlos. Los historiadores de aquel tiempo hacen subir á mas de quatro mil el número de aquellos que por este medio fueron he-

chos esclavos sin distincion de sexò, edad ó condicion. Esta horrible mortandad, en la qual no perdonaron los griegos á aquellos de las familias latinas que habian llegado á ser sus parientes y aliados por mútuos casamientos, sucedió en el mes de Abril del año 1182.

Hemos dicho como al asomar esta borrasca huyeron un gran número de latinos; pero quando supieron se habia tratado á los que no habian podido seguirles, arrebatados de cólera y animados del deseo de la venganza, volvieron atras, y recorieron, llevándolo todo á fuego y sangre, las costas del Elessponto y del Mediterraneo, y las islas vecinas hasta la Tesalia, matando á quantos encontraban, quemando y saqueando los monasterios, quitando la vida á monges y clérigos, y indemnizándose por un inmenso botin de lo que les habia hecho abandonar su fuga precipitada. Tales fueron las conseqüencias del odio que se habia inflamado entre las dos naciones, y que el curso del tiempo habia aumentado. Exemplo espantoso de los males que se originan del odio nacional sobre todo, quando el falso zelo de la religion les sirve de pretexto.

En lo demas la iglesia griega estuvo bastante tranquila y el órden gerárquico continuó en ella con regularidad hasta el reynado de Isaac Angelo. Este príncipe, de un carácter imperioso y falso, quiso dominar sobre el clero con tanta tiranía y dureza, como sobre los demas órdenes del estado. Hizo servir á los obispos á su capricho, exigiendo de ellos una ciega condescendencia; hizo y deshizo los patriarcas á su antojo, haciendo las otras prelacias amovibles segun su voluntad, para darlas á los que le agradasen, y quitárselas arbitrariamente á los que le disgustaban. Empleó sucesivamente la astucia y la autoridad para hacerse dueño de la eminente silla de Constantinopla, la primera de todo el Oriente por la extension de su poder, y la estimacion que se hacia del que la ocupaba. En los diez años que reynó hasta la revolucion, que le privó del trono, se cuentan cinco prelados, que hizo elevar y descender sucesivamente de la silla pontifical, sin que los motivos de esta alternativa de favor y de desgracia sean bien conocidos. Con todo, no se ve que los obispos ni el clero se hayan quejado de una conducta tan contraria á las leyes de la Iglesia. Hacemos esta reflexion para dar una idea de la esclavitud y dependencia en que el órden del

sacerdocio habia caído en el Oriente, aun en aquellos países en que se conservaba la dominacion de los príncipes christianos.

Entre las iglesias de Occidente, la de Francia brilló con el mas vivo esplendor durante el siglo XII; produjo un número tan grande de hombres ilustres por sus virtudes y talentos, que parecia haber las ciencias y la piedad elegido esta porción de la república christiana para fixar en ella su mansion. Los príncipes que reynaron en Francia por esta época amaron la religion, no conociendo un uso mejor de su autoridad, que el de emplearla en proteger á la Iglesia, en auxiliár el zelo de los pastores, y reprimir en quanto estaba de su parte los abusos que interesaban las costumbres y la piedad. No se debe exceptuar de este elogio á Felipe Augusto, á pesar de sus diferencias con Roma, aunque su carácter le haya llevado mas presto hácia las empresas militares y la política, que á la práctica de las virtudes christianas. Su abuelo, Luis el Gordo, fué un príncipe religioso, fiel observador de todos los deberes exteriores de la piedad, liberal con las iglesias y los pobres; Luis el Joven, su padre, edificó la nacion con una vida pura é inocente; alejó de su corte los vicios y el escándalo, respetó mucho á los hombres de bien, y testificó siempre un temor grande y religioso de los juicios divinos. Felipe, que tenia el alma de un héroe, no fué ménos adicto á la religion que su padre y abuelo, aunque no tuvo como ellos el exterior devoto. Este príncipe, que fué grande aun en sus flaquezas, imprimió su carácter en sus vicios como en sus virtudes. Su piedad, de que siempre conservó el fondo hasta en los extravíos de su corazon, era noble y franca como sus demas afectos. Dió de ella un testimonio harto brillante quando partió para la guerra santa. Se le vió en la iglesia de san Dionisio postrado en el pavimento, y derramando lágrimas, rogar al cielo protegese sus armas en una causa que era de la religion.

La Francia era siempre el asilo de la gente honrada, que la envidia ó la política perseguia en su patria. Los papas se refugiaban allí, ya para escapar de los malos designios de sus enemigos, ya para evitar los ultrajes á que hubieran podido atreverse los anti-papas que se les oponian. Aunque viniesen armados de todas las pretensiones, y presentasen á los franceses cadenas odiosas, hallaban en

ellos príncipes generosos que los colmaban de honores, y pueblos fieles que veneraban en ellos las cabezas de la religión. Los cismas que dividían la Italia y la Alemania, no causaron en Francia turbación alguna. La nación ilustrada por sus pastores, y conducida por la sabiduría de sus reyes, permaneció inviolablemente adicta á los legítimos pontífices. En los mismos tiempos mas borrascosos, ni el resentimiento que Felipe Augusto tenía contra Inocencio II, ni la pena que le ocasionaba el entredicho, puesto en todo el reyno por el legado de la santa sede, ni el vigor con que el clero de Francia observó este entredicho, no pudieron hacerle desconocer el sucesor de san Pedro en un pontífice que le trataba tan mal.

Quando santo Tomás de Cantorbery huía del odio del rey de Inglaterra, encontró en Francia acogida. Su soberano Enrique II. disgustado de ello, se quejó á Luis VII, afeándolo como cosa contraria al comun derecho de los príncipes la protección que dispensaba á un súbdito rebelde; así llamaba aquel príncipe violento y altivo al santo arzobispo, porque no quería condescender con sus injustos caprichos. Respondió Luis al rey de Inglaterra, que si él no quería dexar costumbres que decia haber recibido de sus mayores, aunque hombres muy ilustrados y piadosos las juzgasen contrarias á la ley divina, no debía admirarse de que un rey de Francia procurase conservar uno de los mas esclarecidos privilegios de su reyno, en donde la inocencia oprimida habia hallado en todos tiempos una declarada protección, y los hombres de bien desterrados por la justicia un seguro abrigo contra sus perseguidores. Respuesta digna tanto en la animosa piedad de Luis VII, como de la generosidad de un monarca francés.

La desavenencia de las investiduras calmada, ó mas bien suspendida, por el tratado del papa Pascual II. con el emperador Henrique V, se renovó bien presto sumergiendo á la iglesia de Alemania en turbaciones, cuyo fin habia creído ver. Pascual, prisionero de Henrique con una parte del clero romano, habia sido forzado á expedir á este príncipe una bula, que consagraba todas sus pretensiones sobre las investiduras. Pero los obispos de Francia é Italia, que miraban estos derechos tan deseados de los emperadores como una usurpación, y aun como heregía, se que-

jaron de la bula arrancada al pontífice. Se ve bien que esto era obra de la sorpresa y violencia. No podia Henrique servirse de ella, sin recordar á todo el mundo los odiosos medios que habia empleado para obtenerla. Se revocó en muchos concilios, y el emperador fué nuevamente anatematizado por haber abusado de la captividad del papa para arrancarle un título, de que no tuviera necesidad creyendo él mismo sus derechos tan bien fundados como aseguraba. De esta suerte continuaban desolando la Alemania y la Italia los males y los desórdenes que causaba este funesto asunto desde tan largo tiempo.

En los últimos años de Henrique V. parecieron los ánimos dispuestos á una sólida reconciliación. El papa Calixto II. hizo con aquel príncipe un nuevo acuerdo que se habia premeditado con mas reflexión, y en que se fixaban los respectivos derechos del sacerdocio y del imperio, de un modo bastante justo y claro para evitar las dificultades que pudiesen aun suscitarse, se distinguió en él lo que por tanto tiempo se habia afectado confundir. El emperador restituyó á las iglesias la libertad absoluta de las elecciones, y el papa reconoció los derechos que tenia este príncipe, como cabeza del Estado, sobre las temporalidades de los eclesiásticos. No se ve que este acuerdo se haya roto ó debilitado por ningún acto en los reynados del piadoso Lotario II., y del sábio Conrado III. Parece que á san Bernardo, cuya autoridad era tanta en todo el Occidente, y á quien en particular estos príncipes respetaban tanto, debió la iglesia de Alemania la paz de que gozó mientras ellos reynaron. A lo ménos es cierto que habiendo Lotario solicitado del papa le restituyese el derecho de las investiduras, este santo abad le reduxo con sus exhortaciones á desistir de una solicitud, que á pesar del deseo que se tenia de conservar la paz, comenzaba ya á hacer impresión en el ánimo de los romanos.

Pero quando la corona de Alemania hubo pasado á las sienes de Federico I., las cosas mudaron de semblante repentinamente. Este príncipe, fiero por naturaleza, arrebatado y zeloso de dominar, resucitó todas las pretensiones de sus predecesores, y empleó todos los medios de la política y el terror de las armas para sostenérlas. Empezó á sojuzgar á los romanos, y poner al papa baxo su dependencia. Su altanería excitó quejas al principio, y despues con-

mociones. No se pensó de una y otra parte sino en ofenderse quando no podian hacerse daño. Se renovaron las antiguas llagas y nuevas injurias, y reproduxeron las que ya se habian perdonado. La Alemania, la Italia y la Sicilia se abrasaban, se cometieron violencias que apenas se disimulaban á pueblos bárbaros que hicieron la guerra con el mas justo motivo. Pero el papa Alexandro III tuvo la gloria de humillar á este príncipe que queria poner en cadenas á toda la Italia, y despojar á la santa sede de todas sus posesiones temporales. Federico aceptó todas las condiciones que se le impusieron, y rindió al pontífice romano honores que debian costar infinito á su orgullo. La calma pareció que renacia, especialmente despues que Federico resolvió pasar al Oriente á unir su valor con el de los demas príncipes cruzados, contra los enemigos del nombre christiano. Murió en esta expedicion; y su hijo Henrique VI. que llevó adelante todas sus pretensiones, sin tener tanto talento, renovó las turbaciones, reproduciendo la funesta querrela del sacerdocio y del imperio, que habia ya sido ocasion de tantos escándalos y desórdenes.

No eran la Alemania y la Italia los únicos teatros de las funestas escenas, producidas por la competencia de la potestad civil armada contra los prelados. No era ménos lastimoso lo que pasaba en Inglaterra. Henrique II. que juntaba muchas buenas calidades á un carácter violento, que jamas supó reprimir, desplegó todo su poder contra el hombre mas virtuoso é ilustrado de su reyno, á quien mas estimaba. Era éste, Tomas arzobispo de Cantorbery, prelado de una austeridad de costumbres, qual apenas se habia visto desde los tiempos apostólicos, y de un inflexible zelo en todo lo que pertenecía á su obligacion y á los derechos de su dignidad. La jurisdiccion eclesiástica y las inmunidades del clero fundadas en una posesion inmemorial, fueron la causa de la division que se introduxo entre el príncipe y el arzobispo. Henrique se irritaba siempre que hallaba resistencia, y Tomas era incapaz de ceder en las cosas que veia ser del interes de la Iglesia, que para él era la causa misma de Dios. Toda la iglesia de Inglaterra tomó parte en esta funesta discordia. Los artificios y las violencias, los destierros y las confiscaciones fueron empleados por el rey Henrique para vengarse de un prelado que miraba como á un sedicioso y á un rebelde. Pero na-

da pudo trastornar su firmeza; y solo la muerte, que recibió de mano de unos asesinos, puso fin á estos combates, cuya gloria fué para aquel que pareció vencido.

Sin embargo, el christianismo hacia maravillosos progresos en los países vecinos de la Alemania. La Pomerania, que Boleslao, duque de Polonia, habia sojuzgado, recibió la luz de la fe por la predicacion de san Oton, obispo de Bamberg, que se dedicó á aquella mision con un zelo verdaderamente apostólico. No sin gran fatiga y riesgo el varon santo logró el buen éxito de esta empresa. Experimentó de parte de los sacerdotes idólatras y de los zelosos partidarios del paganismo todo lo que el interes y las preocupaciones pueden oponer á la conversion de los pueblos, pero su paciencia y magnanimidad le atraxeron á los gefes de la nacion, y por medio de ellos logró hacerse escuchar del pueblo. Quando las principales ciudades de Pirits, Camin, Stetin, y Wollin abandonaron el culto de los ídolos, los aldeanos y habitantes de la campaña siguieron su exemplo. Solo en dos viages que el santo misionero hizo á la Pomerania conquistó para Jesu-christo toda esta hermosa provincia, desde donde la luz del Evangelio se comunicó á las regiones vecinas por el zelo y trabajos de los varones apostólicos, formados en la escuela de san Oton.

La religion christiana se hacia cada dia mas floreciente en los países del Norte. Tuvo la Suecia en el rey san Eri-co un príncipe justo, pio, bienhechor, y zeloso misionero. El mismo trabajaba en convertir á los idólatras, y sosteniendo con su exemplo el ardor de los misioneros, de cuyas fatigas participaba sin descuidar las obligaciones de la soberania. Habiendo ganado una tan gran victoria sobre los filandios paganos, todavía se postró en el campo de batalla, mas para llorar la suerte de las almas, cuyas vidas habia quitado su triunfo, que para dar gracias al cielo del suceso de sus armas. Penetrado de estas ideas concedió la paz á sus enemigos, con tal que admitiesen á los predicadores encargados de anunciarles el Evangelio. Aceptaron gustosos esta condicion. Se les instruía; despues de lo qual gran número recibieron el bautismo. Se edificaron iglesias, proveyéndolas de sacerdotes, y Henrique, obispo de Upsal, gefe de aquella empresa, quedó entre los nuevos christianos para confirmarlos en la fe y la piedad. El zelo de este santo apóstol de la Filandia tuvo por recompensa la co-

rona del martirio. Un pecador escandaloso que habia querido reducir á la penitencia, se levantó contra él, y le mató. El virtuoso rey Erico tuvo la misma suerte, lleno de heridas que le hicieron unos malvados mientras oia la misa el día de la ascension de nuestro Señor. Los milagros obrados sobre los sepulcros del prelado y del príncipe consolaron á los fieles de su pérdida, y fueron á los ojos del pueblo testimonios auténticos de su santidad.

La Livonia, provincia confinante con la Finlandia, recibió tambien en este siglo las primeras lecciones del christianismo por los cuidados de un canónigo de Sigeburga, llamado Meinardo. Antes de emprender este piadoso eclesiástico la conversion de los libonios, hizo muchos viages á aquel pais para estudiar su lengua, carácter y costumbres. Quando estuvo bien instruido de todo, y que los enlaces que habia formado en el pais le hicieron esperar una acogida favorable, empezó á predicar el Evangelio y á combatir la idolatría. Bendixo Dios de tal modo sus trabajos, y los que se le unieron le ayudaron con tanto zelo, que llegó en breve á estado de fundar una iglesia en Riga, capital del pais, y darle sacerdotes. El virtuoso misionero fué el primer obispo de esta nueva iglesia, que tardó poco en hacerse numerosa. La nacion de los esclavos rugianos, aun idólatras, abrazó el christianismo hácia aquel tiempo; debiendo su conversion al zelo de Valdemaro I, rey de Dinamarca, príncipe religioso, que se aplicaba igualmente á la propagacion de la fe y prosperidad del estado.

El estado del christianismo en España era qual le vimos en el siglo precedente. La rivalidad de los christianos y musulmanes ocasionaba muchos males, pero tambien producía algunos buenos efectos; obligando á los fieles á instruirse para disponerse á argüir contra los mahometanos, refutar sus objeciones, y poner patentes los absurdos del alcoran. Precisaba á los pastores á velar sobre sus rebaños, para alejarlos de la seduccion, ilustrándolos y exhortándolos, á fin de fortificarlos en los puntos que eran el asunto ordinario de las controversias entre los sectarios de mahoma y los christianos. Observados los católicos continuamente por unos enemigos envidiosos y sagaces, se veian forzados á vivir con la mayor circunspeccion, y honrar su fe con la regularidad de su conducta. Sin duda se debe

atribuir á esto el zelo, la luz y pureza de costumbres que brillaron en las diferentes partes de la iglesia de España. Los papas miraron de un modo particular esta porcion importante del imperio christiano, en que su autoridad habia adquirido un grande influxo desde el pontificado de Gregorio VII. Ademas de los intereses de la fe, tenian motivos poderosos para desear la conversion ó expulsion de los moros; y así veremos que trabajaron con ardor en esta empresa, empleando en lo sucesivo en este objeto la actividad de los cruzados.

## ARTICULO VI.

*Observaciones sobre la iglesia de Roma, y sobre el carácter de algunos de sus pontífices del siglo XII.*

La Iglesia no tuvo el dolor de ver sobre la silla de san Pedro en este siglo papas escandalosos y desarreglados que la deshonasen, como habian hecho algunos en el precedente. Diez y seis ocuparon la santa sede en este espacio de tiempo; todos fueron irreprehensibles en sus costumbres, muchos tuvieron prendas que les hicieron aptos para gobernar bien la república christiana, y algunos fueron tan recomendables por sus talentos, como por sus virtudes; tambien los hubo entre estos que mostraron en las mas serias coyunturas una superioridad de luces y de valor, digna del supremo lugar que ocupaban. Si no desplegaron todo el zelo que de ellos debía esperarse contra los abusos que servian de pretexto á los enemigos de la Iglesia para levantarse contra ella; si pareció que cerraban los ojos á los que reynaban en la corte de Roma; esto no fué, sin duda, porque ignorasen lo que las obligaciones de su ministerio exigian en esta parte. Pero la desgracia del tiempo, la naturaleza de las circunstancias, lo arduo de los negocios, y la necesidad que tenian de apoyarse de los que los rodeaban, y por consecuencia de congratarse, los arrastraron á una condescendencia que imaginaban necesaria á sus intereses y seguridad. Se quisiera solamente que estos pontífices mas atentos á los males de la Iglesia y á las obligaciones esenciales del sacerdocio, hubiesen cuidado ménos de las cosas temporales. Pero de de Gregorio VII. la ocupacion de los papas, sin exceptuar muchos virtuosos y moderados,